

RESEÑAS

JOSEP, FONTANA

1992 *La Historia después del fin de la historia*, Barcelona. Crítica, Serie Genera 225, 155 páginas.

Josep Fontana es uno de los más rigurosos historiadores españoles de la actualidad. Discípulo del maestro francés Pierre Vilar, Fontana ha ejercido su magisterio intelectual no sólo desde la cátedra universitaria y desde sus libros, sino también desde su papel como director de la colección sobre historia de la editorial barcelonesa Crítica.

Allí ha venido construyendo una perspectiva amplia y precisa de la investigación contemporánea en los problemas históricos, para beneficio, por supuesto, de los estudiosos y lectores en nuestra lengua. Entre sus inquietudes ha estado la de difundir a los grandes historiadores marxistas ingleses como Edward Palmer Thompson, Eric Hobsbawm, Raphael Samuel o Christopher Hill y abrirle camino a los españoles y latinoamericanos que hacen aportes relevantes. También ha polemizado con aquellos investigadores sensacionalistas, más deseosos de estar a la moda que de explicar con hondura las sociedades, a quienes se toman el trabajo de leerlos. Es que Fontana es uno de esos editores como se los concebía antaño: de los que hacían traducir y publicar trabajos que eran modelos intelectuales o, por lo menos, aportes significativos para orientar la opinión de la sociedad.

El libro que acaba de publicar es otro de esos esfuerzos panorámicos suyos por aclarar el estado de la investigación histórica y precisar los rumbos. En él, como era de esperarse, empieza por examinar la tan difundida tesis que pregona el fin de la historia; señala sus fisuras y devela la manera cómo fue impuesta y los intereses que encubre. Luego, para establecer la vitalidad y decadencia de la disciplina cuestionada, pasa revista a sus nuevas tendencias -la historia narrativa, el cientifismo, la cliometría, la ecohistoria, la historia de la cultura y de las mentalidades- y, con su habitual agudeza y contundencia, indica sus debilidades. Como su rigor le obliga a ser enemigo de la descalificación gratuita (tan común en nuestras parroquias), Fontana propone algunas recomendaciones para el trabajo actual.

Ellas son dos: la primera, la de recuperar el sentido de la globalidad, es decir, el de considerar la historia como una ciencia que intenta abarcar lo humano en su conjunto y explicar, con ello, el funcionamiento de las sociedades; la segunda, es la de recuperar el contenido político de la historia, con el propósito de seguir luchando por un mundo donde haya la mayor igualdad posible dentro de la libertad:

“Globalización”, o sea, voluntad de recoger los fragmentos de una historia troceada para reconstruir una visión unitaria del hombre en todas sus dimensiones, desde su alimentación hasta sus sueños, con el fin de superar las consecuencias del fraccionamiento cientifista que nos está conduciendo a investigar minucias carentes de relevancia fuera del ámbito estricto de la profesión, y a publicar los resultados en revistas y monografías que solo leen otros miembros de la “tribu”.

“Politización”, que significa, por un lado, necesidad de comprender que detrás de toda interpretación histórica hay siempre una “política”, y que conviene que seamos conscientes de este contenido subyacente, en lugar de limitarnos a transmitirlo inadvertidamente, como solemos hacer. Pero sin olvidar que “politización” significa también volver a dirigir nuestro trabajo al conjunto de los que nos pueden leer y nos escuchan, lo que nos obligará a hablar más de aquello que puede importar a los demás -de problemas reales de la sociedad y del hombre- y a hacerlo de forma que lo que escribimos resulte comprensible.

Pero sus recomendaciones no se quedan allí. Aboga, además, porque la investigación histórica preste hoy

mayor atención al texto y al discurso, se interese por el medio natural, aborde el estudio del cambio económico desde el análisis de las transformaciones internas y los problemas de la distribución de la riqueza antes que desde los agregados “nacionales” y, así mismo, construya una “historia social” basada en un análisis minucioso de los grupos y su comportamiento y elabore una historia de la cultura menos etérea.

Sin embargo, su propósito fundamental es probar que lo que se desmorona a nuestro alrededor es algo más que un estilo de investigación y de docencia. Por ello llama a renovar nuestros métodos de pesquisa y a enriquecer nuestra teoría a partir del trabajo colectivo y transdisciplinario; pero, sobre todo, nos convoca a salir de gabinete, a salir a la calle y participar en ella. Sólo así la historia llegará a ser de verdad útil.

Aunque para algunos estas indicaciones puedan resultar anacrónicas y, para otros, populistas, la lectura de este libro nos instala de nuevo en las discusiones esenciales. Es una obra breve, pero necesaria para no seguir a la deriva de las modas fatuas.

William Fernando Torres